

CAPITULO III.

DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO.

De 180 á 306 de J. C.

Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómico.—Su depravacion é iniquidades.—Abyeccion del senado.—Reinados de Pertinax, Didio Juliano, Septimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algun tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo.—Sus virtudes.—Diocleciano.—Division del imperio.—Cruda persecucion contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustracion de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofía de Marco Aurelio,

hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilizacion. Solo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber abrazado la nueva religion, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habian quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquellos para dicha, estos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ella pudo tocar á España, ya porque no es grato ni esponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un mónstruo como su hijo Cómodo; y no estrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la

disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupcion de ningun género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido, que de bestia salvaje. Tiberio, Neron, Calígula, Vitelio y Domiciano, habian sido templadamente desenfrenados en comparacion de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podia atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas ⁽¹⁾; el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habian asistido; el sacar los ojos ó cortar los pies á los que tenian una fisonomía que le desagradára..... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupcion, sin recurrir á un extravío de la razon, á una verdadera locura. Sin embargo el pueblo consentia que se llamára á sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulára *Colonia Comodiana*, y hasta el se-

(1) Hist. August. p. 428.

nado inscribió á la pueata de la asamblea: *Casa de Cómodo*. Increíble parece tanta abyeccion. ¡Y aun reinó trece años este mónstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradacion. Solo el cristianismo no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas, que protegía á los cristianos ⁽¹⁾.

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesinaronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina, y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio-Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta dracmas mas que su competidor ⁽²⁾, entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis dias fué asesinado (194). Cada legion queria ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el mas fuerte se quedó con el imperio. Fué éste Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, solo diremos que obligó al senado á colocar á Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecucion, puede

(1) Herod. in Vit. Commod.

(2) Dion. Hist. Rom. lib. LXIII

decirse que para España fué la primera, así por haber sido la más rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros padres de la Iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes y sin mezclarse en ellos, seguía su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta: pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presunción de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos pseudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (248), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien había asesinado. Los romanos, luego que morían los déspotas, los convertían en dioses: así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino; hasta que el ejército que le había dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias despues de Macrino una intriga de mugeres elevó al imperio á un jóven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, ó mas exactamente

Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo ⁽¹⁾, y arrojado su cuerpo al Tiber despues de uno de los más execrables reinados. Su nombre fué borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonraba.

Permítansenos dos palabras sobre el reinado de Elagábalo siquiera por su singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las megillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazeletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba á empuñar el sagrado escudo de Numa ⁽²⁾. El jóven imberbe tenía el capricho de vestirse de muger, y de entretenerse en las labores de este sexo, y hacía saludar con el título de *señora* y de *emperatriz*. Concedió asiento á su madre en el senado, al lado de los cónsules, y creó otro senado de mugeres que deliberáran sobre los honores de la corte y sobre las hechuras de los vestidos. ¡Este era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo ó Eliogábalo no fué el de la gastronomía, como una errada tradicion vulgar ha hecho á muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llegó á un grado que el pudor no consiente espresar. Era preciso que todos los vicios pasáran por

(1) *Atque in latrina ad quam* gina 478.
confugerat occisus. Hist. Aug. pá-

(2) Hist. Aug.

encima del s6lio romano antes que se sentara en 6l la religion de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Despu6s de tanta imbecilidad, de tanta degradacion, de tantas iniquidades y de tantos cr6menes, la Espa6a y el imperio van a gozar de un respiro bajo el gobierno de un pr6ncipe sabio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos dias de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombr6as se deja ver momentaneamente un sol claro, que suele ser signo y causa de arreciar mas la tempestad, asi apareci6 Alejandro Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habian precedido, y los huracanes que le habian de seguir. Ya la Espa6a participaba de la suerte desastrosa de la metr6poli: al peso de tanto emperador monstruoso iba tambien sucumbiendo: Alejandro Severo la reanima; la provee de gobernadores sabios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegia sus sacerdotes y sus obispos: Severo quiso que se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias: el emperador los proponia, proclamaba sus nombres, y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir 6 vituperar la eleccion. Esta deferencia hacia el pueblo no podia dejar de lisonjear los instintos de libertad de los espa6oles, y agradecidos levantaron monumentos a quien con tanta consideracion los trataba.

Por otra parte, el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcazar de los C6sares. Alejandro Severo coloc6 ya en su capilla particular una im6gen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana, de Abraham y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veian obligados como hasta entonces a vivir en grutas y cuevas subterranas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores: ya podian vivir en p6blico, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mamm6a su madre, si no era ya cristiana, al menos inspiraba a su hijo sumo respeto hacia esta religion. Algunos pueblos la erigieron est6tuas, entre ellos, la colonia G6mina Accitana. En cuanto a Alejandro, lo diremos todo con decir que tom6 por tipo y regla de su conducta esta m6xima que es el compendio de toda la moral: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a t6:» y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios p6blicos. Rein6 Severo trece a6os, al cabo de los cuales muri6 asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fue como un puntal puesto a un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenz6 a desmoronarse como tenia que suceder. Maximino ya no era romano, ni espa6ol, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre godo. Ya tenemos a un b6rbaro sentado en el trono de los

Césares, porque habia entrado á servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito de Maximino era ser el hombre mas alto y mas fornido que se conocia, comer muchas libras de carne, y beber muchas azumbres de vino ⁽¹⁾, arrastrar él solo un carro cargado, echar á rodar por el suelo quince ó veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podian dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: asi hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita á San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran San Magin. El manto imperial ya no era un manto de púrpura: era un harapo manchado y viejo que recogia un estrangero pobre y salvaje. Mientras Maximino estaba ocupado en batir á los germanos y á los sármatas, que todos querian dar ya emperador, el senado hacia rogativas públicas á los dioses porque no volviese á entrar en Roma. Pareció haberlos oido los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En Africa habian proclamado emperadores á los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le viste á la fuerza, y saludan tambien Augusto á Gordiano el jóven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mugeres y las musas. Muere el hijo, y el

(1) Al decir de Codro, comia carne, y hebía veinte y cuatro este bárbaro cuarenta libras de azumbres de vino.

padre se ahoga con un cinturon por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores, Máximo Papiano y Balbino, bravo soldado el primero, y orador y poeta el segundo (240). Suscítase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates é incendios: un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque jóven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filipo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir á manos de ellos (244).

No se sabe si Filipo fué cristiano ó no. Sábese que fué árabe, y que habia sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier pais. Enrédanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse á quienes se nombran emperadores. Suenan los nombres de Priseo, hermano de Filipó, de Jotapiano, de Marino, y de Decio. Este último sube al trono, y despliega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostatan públicamente é inciensan los ídolos, otros firman una abjuracion escrita de su creencia. A los primeros nombran *sacrificantes*, á los segundos *libelistas*.

La España no podia ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasion tan favorable la de tanta flaqueza y tanto des-

órden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino á que la llamaba la Providencia no se habia cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo mas apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose despues, van ennegreciendo la atmósfera, y apenas llega á nuestros oídos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último, la tempestad viene á descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos; así la España en los tiempos en que vamos á entrar, veia levantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el Norte del imperio; veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujadas por el viento: mas colocada España al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba á ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de borgoñones, de hunos, de ala-

nos y de otras mil razas y tribus, habian de venir á descargar sobre sus campos y á inundar su suelo. Preciso es conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvages, que habian de derramarse por el Occidente, que habian de trastornar el imperio de los Césares, derribar el Capitolio y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venian, se habian ido aproximando á las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano, habian quedado abiertas y sin barrera que oponer á una invasion. Crispo, hermano de Filipo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y despues la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que despues de ver perecer á su hijo, encuentra tambien él mismo la muerte: y Galo, acaso vendido tambien á los godos como Prisco, es proclamado emperador. Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose á pagarles un tributo anual, á condicion de que respeten las tierras del imperio, condicion que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste assolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvages las invadian. Además de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros, los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadian las Galias por el Rhin, los escitas